

Manuel Giménez Fernández y Joaquín Ruiz-Giménez: Historia de un desencuentro

*Ana Capilla Casco**

UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

Resumen:

Manuel Giménez Fernández y Joaquín Ruiz-Giménez fueron dos de las figuras más destacadas de la democracia cristiana española, y dos de las voces críticas contra el franquismo más influyentes. El objetivo del presente artículo es poner de relieve los aspectos comunes de sus respectivas biografías personales y carreras políticas, pero también las profundas diferencias que les separaron. En las próximas páginas me propongo exponer y comparar las trayectorias seguidas por uno y otro para intentar aclarar porqué a pesar de que las mismas convergieron en un mismo punto, la oposición al franquismo, los dos políticos no fueron capaces de superar sus discrepancias y presentar un frente unido contra el mismo.

Palabras clave:

Democracia cristiana, franquismo, oposición política, colaboracionismo, católicos.

Manuel Giménez Fernández and Joaquín Ruiz-Giménez: Story of a disagreement

Abstract:

Manuel Giménez Fernández and Joaquín Ruiz-Giménez were two of the most outstanding leaders of the Spanish Christian Democracy, and two of the most influential critics of the Francoist Regime. The goal of this paper is to emphasize what their personal biographies and political careers had in common, but also the deep differences that moved them away. In the next pages, I pretend to expose and compare the path each one took and try to find out why, despite the fact both arrived to the same point, the opposition to Francoism, the two politicians were unable of getting over their disagreements so they could stand together against it.

Key words:

Christian Democracy, Francoism, political opposition, collaborationism, Catholics.

1. INTRODUCCIÓN

Resulta prácticamente imposible escribir sobre la oposición democristiana al franquismo sin hacer referencia a los dos protagonistas de este artículo: Manuel Giménez Fernández y Joaquín Ruiz-Giménez. El liderazgo es una cuestión fundamental en cualquier organización política, y aún más si cabe en el caso del movimiento político católico español del siglo pasado. Los personalismos tuvieron tanto peso en el mismo que llegaron incluso a condicionar su desarrollo y su futuro en una España democrática. Por ese motivo es también imprescindible hacer referencia al tercer nombre propio clave en la democracia cristiana española de la época: el de José María Gil-Robles. En el texto hay constantes referencias al que fuera líder de la Confederación Española

de Derechas Autónomas (CEDA), muy próximo sobre todo a Manuel Giménez, con quien compartió partido durante la República. El Alzamiento sorprendió a Gil-Robles en el extranjero y aunque en un principio lo apoyó, pronto se dio cuenta de que, debido a su protagonismo en el periodo republicano, no era bien visto por el bando nacional. Esto le llevó en un primer momento a sumarse al grupo de consejeros de don Juan de Borbón y a defender la restauración monárquica¹. Con el tiempo las discrepancias con don Juan y su entorno hicieron que abandonara la causa monárquica y fue entonces cuando se dedicó a la creación de una fuerza política inspirada en los grandes partidos democristianos europeos.

Pese a que Gil-Robles es el tercer vértice imprescindible para entender la democracia cristiana

española durante la etapa franquista, he considerado oportuno centrar el foco de atención en los dos Giménez, Ruiz-Giménez y Giménez Fernández. En primer lugar, porque las diferencias entre el sevillano Giménez Fernández y el que fuera su jefe en la CEDA, Gil-Robles eran, en general, más tácticas que de fondo o contenido. A lo largo de los años tuvieron diferencias y algunas no menores, como, por ejemplo, durante la fase monárquica de Gil-Robles, pero aun entonces seguían coincidiendo en lo esencial. En cambio, las discrepancias de orden ideológico entre los dos Giménez fueron muy profundas, hasta el punto que constituyeron un obstáculo en su relación personal. Todo lo contrario de lo que sucedió entre Giménez Fernández y Gil-Robles que siempre mantuvieron una relación cordial y cercana, sin que agravios del pasado ni disputas como la mencionada llegaran a interponerse entre ellos.

En segundo lugar, porque Manuel Giménez y Joaquín Ruiz-Giménez son representantes de esas dos almas en las que se escindió el catolicismo político como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. El primero se opuso a que los católicos entraran en el Gobierno y en las instituciones franquistas y ayudaran de este modo al Régimen en un momento de gran debilidad. El segundo fue uno de los representantes más destacados del colaboracionismo católico, que defendía que la mejor manera de cambiar el franquismo y hacerlo evolucionar hacia posiciones más aperturistas era desde el interior.

En tercer lugar, porque tras el fallecimiento de Giménez Fernández fue Ruiz-Giménez y no Gil-Robles el elegido por los albaceas políticos del catedrático sevillano para sucederle en la presidencia del partido Izquierda Democrática Cristiana (IDC). La extensión limitada del artículo no me permite abordar este interesante episodio, pero espero que tras leer estas páginas se entienda que dicha sucesión puede considerarse, cuanto menos, una sucesión inesperada.

Considero que son todas ellas causas de peso para justificar el objetivo y el enfoque de este artículo, que comienzo repasando las biografías y carreras de cada uno de los dos políticos, destacando especialmente aquellos aspectos que aportan claves importantes para entender las razones del desencuentro que protagonizaron. El punto cuarto lo dedico a profundizar en el motivo fundamental que provocó el distanciamiento entre los dos Giménez y aquellas otras razones que se fueron sumando a lo largo de

los años y que impidieron que llegaran a ningún tipo de entendimiento. Por último, en las conclusiones abordo de manera breve los efectos que ello tuvo sobre la familia democristiana. De este modo, la falta de sintonía entre Manuel Giménez y Joaquín Ruiz-Giménez y la incapacidad para resolver sus discrepancias ideológicas dificultó gravemente la conveniente unidad de la oposición democristiana durante el franquismo, mermando sus posibilidades de éxito cuando llegó la democracia.

2. MANUEL GIMÉNEZ FERNÁNDEZ

Comienzo este artículo por analizar la figura de Manuel Giménez Fernández no con el propósito de establecer ninguna preferencia entre uno y otro protagonista, sino simplemente porque su nacimiento antecede en el tiempo al de Joaquín Ruiz-Giménez.

Manuel Giménez Fernández nació en Sevilla en 1896, en el seno de una familia de origen humilde pero que en el momento del nacimiento de su primogénito había prosperado notablemente gracias a la actividad comercial. El pequeño Manuel creció en un ambiente acomodado y fue educado en un colegio de jesuitas, donde le inculcaron la participación en movimientos seculares católicos². Por ese motivo muy joven se adscribió a la aún incipiente Asociación Católica de Propagandistas (ACdP)³; y con el paso del tiempo se vinculó también al sindicalismo católico, a través de la Federación Local de Sindicatos Católicos. Con estos antecedentes no es de extrañar que acabara integrándose en la Liga Católica, liderada entonces en su ciudad natal por Manuel Rojas Marcos⁴. Éste se distinguió, entre otros aspectos, por su defensa de las tesis accidentalistas que durante la República asumió la militancia católica; así como por su oposición al caciquismo y, en consecuencia, su denuncia de un sistema electoral que consideraba que había sido pervertido⁵. A este tema dedicó precisamente su tesis doctoral Manuel Giménez, y en ella criticaba duramente la legislación electoral que hizo posible el «caciquismo», los «cuneros» y la cultura del «pucherazo» que denunció la Generación del 98. El joven doctorando defendía en su tesis un sistema de representación proporcional para garantizar que las Cortes fueran verdadera expresión de la soberanía popular⁶. Manuel Giménez se doctoró en la Universidad de Sevilla en 1922, donde había estudiado Filosofía y Letras y Derecho y en la que logró la cátedra de Derecho Canónico en 1930, un año antes de que la dictadura diera paso a la Segunda República.

² TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española*, Sevilla, 1990, p. 15.

³ La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) fue fundada en 1908 por el jesuita Ángel Ayala a partir de un núcleo de jóvenes de las Congregaciones Marianas, entre los que destacaba Ángel Herrera. El padre Ayala seleccionó a los jóvenes más capaces para encargarles la misión de hacer apostolado secolar y propaganda católica. Con el trascurso de los años ese primer y genérico propósito de la Asociación se concretó en una misión más ambiciosa, formar a las minorías dirigentes del país. Ver: GUTIÉRREZ GARCÍA, J. L., *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas*, Madrid, 2010. MONTERO, M. y ORDOVÁS, J. M., *Historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas*, Barañain, 1992.

⁴ ÁLVAREZ, L., «El profesor Manuel Giménez Fernández (1896-1968). Desde el exilio interior», *Andalucía en la historia*, 49 (2015), pp. 74-79.

⁵ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 21.

⁶ CALVO, J., «Contribución doctrinal y política de Manuel Giménez Fernández en el moderno derecho electoral español», *Revista de estudios políticos*, 51 (1986), pp. 213-262.

Unos pocos meses antes de doctorarse, Manuel Giménez había sido elegido concejal de Sevilla como candidato de la Liga Católica. Después del Golpe de Estado de 1923 fue designado por las autoridades de la dictadura primorriverista como teniente de alcalde, pues había contribuido a promover la Unión Patriótica sevillana, un partido patrocinado por el nuevo régimen⁷. En este sentido cabe apuntar que la dictadura de Primo de Rivera en un primer momento se presentó como una solución urgente y transitoria llamada a impulsar las medidas regeneracionistas que defendían, entre otros, el propio Manuel Giménez.

Si bien cabe señalar que no todos los católicos mostraron la misma predisposición que Manuel Giménez a la hora de colaborar con la dictadura, y ello provocó un enfrentamiento en el seno del primer partido democristiano que ha conocido nuestro país, el Partido Social Popular (PSP), que acabó por propiciar su desaparición. El PSP fue una aventura que el político sevillano compartió con otros jóvenes procedentes del entorno de los propagandistas, entre ellos con José María Gil-Robles⁸. El PSP fue fundado en 1922 a imagen y semejanza de las formaciones democristianas europeas y a partir de los diversos núcleos social-cristianos que venían operando desde hacía décadas en España, especialmente los sindicatos cristianos. Su existencia, no obstante, fue muy fugaz porque, tal y como se acaba de apuntar, el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, provocó una profunda crisis interna a raíz del choque entre los partidarios de colaborar con la dictadura y los contrarios. La formación no fue capaz de superar la crisis y acabó por extinguirse a finales de 1924⁹.

Manuel Giménez Fernández y José María Gil-Robles volvieron a coincidir en Acción Popular, precedente de la CEDA. Ambos políticos mantuvieron contacto a lo largo de los años y, aunque la incorporación formal del catedrático sevillano a Acción Popular fue un tanto tardía, desde un primer momento participó en los actos que esta formación celebró en Sevilla¹⁰. Es posible que los sinsabores de la gestión en el consistorio sevillano¹¹ y el hecho de que quisiera obtener la cátedra influyeran y expliquen este breve paréntesis en su trayectoria política.

Durante la República, las distintas fuerzas políticas de derechas y las procedentes del ámbito católico convergieron en la CEDA. No se trataba, a diferencia del PSP, de una formación política construida en torno a una ideología, sino más bien de un mecanismo de defensa contra el anticlericalismo propio de este periodo político, y un

intento de atemperar los excesos de la Segunda República. En base a esta premisa, Gil-Robles creó una formación de aluvión compuesta fundamentalmente por conservadores, corporativistas y democristianos. La heterogeneidad de la CEDA, que estaba integrada por grupos que defendían intereses muy distintos, supuso un importante lastre en el momento en que este partido pudo ejercer responsabilidades de gobierno. En gran medida Manuel Giménez Fernández fue víctima de todo esto durante su etapa ministerial, y ello marcó también sus decisiones durante la fase de oposición al franquismo.

El catedrático sevillano fue nombrado ministro de Agricultura en octubre de 1934, en el gobierno de Lerroux, en representación de la CEDA. La entrada de representantes de esta formación en el Gobierno provocó los graves acontecimientos que han sido bautizados como la «Revolución de octubre». Pese a ello, tal y como se acaba de apuntar, Manuel Giménez encontró más férrea oposición a sus iniciativas políticas dentro del seno de su propio partido que en las fuerzas de izquierda. Su propósito al asumir la cartera era encauzar y atemperar la política agraria del primer bienio, pero también llevar a cabo una serie de medidas que contribuyeran a una mayor equidad social. De hecho, su reforma agraria lo que perseguía era que más personas pudieran acceder a la propiedad de las tierras. Un punto en el que chocó con los miembros más conservadores de la CEDA, en concreto con los diputados pertenecientes a la Agrupación Nacional de Propietarios de Fincas Rústicas, como los sevillanos Adolfo Rodríguez Jurado, Jaime Oriol o Luis Alarcón de la Lastra¹².

Manuel Giménez dejó la cartera de Agricultura en abril de 1935 consciente de que no había tenido el apoyo que le hubiera gustado de Gil-Robles frente a la campaña de acoso y derribo que un sector de la CEDA había orquestado contra él. A partir de ese momento comenzó a ausentarse largas temporadas de Madrid, pese a seguir siendo miembro de las Cortes. Su última intervención en la Cámara fue precisamente para defender el acta de diputado que José Antonio Primo de Rivera había obtenido por Cuenca. Fue apenas unos días antes del comienzo de la Guerra Civil, que le sorprendió ya de vuelta en Chipiona. En un primer momento el catedrático sevillano apoyó la insurrección militar, consciente como era de que la situación se había deteriorado excesivamente durante el periodo republicano e incapaz de vislumbrar entonces el régimen autoritario que le sucedería. No obstante, igual que le pasó a Gil-Robles, no fue bien aceptado por el bando nacional y hasta que no consiguió la protección del general Queipo de Llano, máxima

⁷ ÁLVAREZ, L., «El profesor Manuel Giménez Fernández...

⁸ BARBA, D., *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977...*, pp. 32-33.

⁹ ALZAGA O., *La primera democracia cristiana en España*, Madrid, 1973, pp. 119 – 170 y 291 – 299.

¹⁰ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, pp. 33-34.

¹¹ Las irregularidades cometidas con fondos públicos en los preparativos de la Exposición Iberoamericana que iba a acoger la ciudad hispalense y la denuncia constante de las mismas por parte de Manuel Giménez marcaron sus años de gestión en el Ayuntamiento sevillano. ÁLVAREZ, L., «El profesor Manuel Giménez Fernández...

¹² *Ibidem*.

autoridad militar en Andalucía, su vida estuvo en peligro. Eso sí, su seguridad tenía un precio y éste fue que no pudo ponerse en contacto con el antiguo líder de la CEDA, con el que había recompuesto sus relaciones después de dejar el ministerio, hasta 1943, fecha en la que por fin se vio libre de dicho compromiso¹³. Por aquel entonces Gil-Robles seguía en el exilio, que se extendió hasta 1953.

Durante casi dos décadas Manuel Giménez se volcó en su vida académica y evitó ningún tipo de actividad política, más aun teniendo en cuenta las dificultades y los riesgos que ello conllevaba. Ese relativo ostracismo llegó a su fin en 1956, como consecuencia de las revueltas estudiantiles que propiciaron la dimisión de Joaquín Ruiz-Giménez. El 9 de febrero de 1956 se produjo un violento choque entre estudiantes universitarios que se manifestaban y un grupo de falangistas que venían de conmemorar el día del estudiante caído. En la confusión de la trifulca, un falangista, Miguel Ángel Álvarez Pérez, cayó herido por arma de fuego. A pesar de que no quedó clara la autoría del disparo, sesenta estudiantes fueron detenidos en el momento y varios líderes estudiantiles en los días siguientes¹⁴. En cierto modo estos hechos marcaron un punto de inflexión en el desarrollo del franquismo, pues actuó como estímulo para la movilización política de una generación que no había vivido la Guerra Civil ni conocía la democracia. Empezaron a surgir un buen número de grupos con una evidente orientación política y que, en consecuencia, respondían a ideologías diferentes. Para aquellos jóvenes que quisieron configurar una opción antifranquista en clave católica, Manuel Giménez se convirtió en un referente fundamental¹⁵.

El catedrático sevillano consideró que en tales circunstancias merecía la pena retomar su vida pública, y poner fin al exilio interior en el que había vivido desde que comenzó la Guerra Civil. De manera que atendió las demandas de los jóvenes que recurrieron a él y aceptó presidir un embrión de partido político que en 1957 fue bautizado como Unión Demócrata Cristiana (UDC). Un par de años después el partido pasó a llamarse Izquierda Demócrata Cristiana (IDC), pues el término «Unión» no parecía procedente después de que Gil-Robles creara Derecha Demócrata Cristiana, que a su vez más adelante fue rebautizado como Democracia Social Cristiana (DSC). De ese modo, además, Manuel Giménez marcaba distancias con el partido de Gil-Robles y dejaba claro que su formación representaba el ala izquierda de la democracia cristiana que, idealmente, acabaría unida en un único partido¹⁶.

Manuel Giménez asumió en esos años un rol activo no sólo en la vida interna del partido, cuyas bases

programáticas sin duda fueron definidas por él, sino también en la esfera pública. Concedió entrevistas a medios extranjeros y tendió puentes con otros grupos de la oposición al franquismo, como el de Dionisio Ridruejo o el propio Partido Socialista. Fruto de esta colaboración en 1961 se hizo público un manifiesto suscrito por IDC y el PSOE bajo la rúbrica «Un gran acontecimiento, Unión de Fuerzas Democráticas». En cambio, rehusó, pese a su declarado europeísmo, participar en el Congreso de Múnich de 1962, por temor a que después no pudiera regresar a España, como efectivamente le sucedió a Gil-Robles. En este sentido cabe destacar que la mayor parte de su actividad la llevaba a cabo desde Sevilla, pues Manuel Giménez apenas abandonaba esta ciudad y con el paso del tiempo aún lo haría menos. Fue así cediendo protagonismo a los militantes más jóvenes de su formación, embarcados en la difícil misión de unificar en un único partido las distintas formaciones democristianas existentes. La empresa demostró ser prácticamente imposible y generó todo lo contrario, más división y enfrentamientos en el seno de la democracia cristiana. Ello contribuyó a agravar el pesimismo del catedrático sevillano, que se resentía por la poca resistencia que se presentaba frente a iniciativas que consideraba tan peligrosas como la Ley Orgánica del Estado. Sus problemas de salud también contribuyeron a que se fuera alejando de la escena pública, y finalmente falleció en Sevilla en febrero de 1968¹⁷.

3. JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ

Joaquín Ruiz-Giménez nació en el municipio madrileño de Hoyo del Manzanares, en la casa familiar de La Berzosa, en 1913. En ese mismo año su padre, oriundo de Jaén y monárquico liberal, fue nombrado por Romanones ministro de Instrucción Pública. Treinta y ocho años después su hijo ocupó la misma cartera, aunque en su caso quien le designó fue el general Franco.

El padre de Joaquín Ruiz-Giménez ejerció diversas responsabilidades políticas a lo largo de su vida. Fue gobernador civil, diputado, senador y dos veces ministro (de Instrucción Pública y de Gobernación). En el momento en el que se proclamó la República era alcalde de Madrid, puesto que había ocupado hasta en tres ocasiones anteriormente¹⁸. Joaquín fue su primogénito y recibió una esmerada educación, también en un colegio católico, en su caso perteneciente a los agustinos. En 1930 comenzó sus estudios de Derecho en la Universidad de Madrid y también a mostrar un gran interés por los asuntos públicos, como era lógico teniendo en cuenta el ejemplo de su padre. Sin embargo, en esos momentos surgió una profunda

¹³ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, pp. 225-229.

¹⁴ Ver COBELAS ÁLVAREZ, J., *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, 2004 y HERNÁNDEZ SANDOICA, E., RUIZ CARNICER, M. A., BALDÓ LACOMBA, M., *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, 2007.

¹⁵ TUSELL, J., *La oposición democrática al franquismo 1939-1962*, Barcelona, 1977, pp. 331 y 332.

¹⁶ BARBA, D., *La oposición durante el franquismo/I. La Democracia cristiana 1936-1977...*, pp. 69-71.

¹⁷ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española*, Op. Cit., pp. 295-310.

¹⁸ RODRÍGUEZ DE LECEA, T., «Introducción» en RUIZ-GIMÉNEZ CORTÉS, J., *Diarios de una vida, 1967-1978*, Madrid, 2013, pp. 19-39.

discrepancia política entre uno y otro con motivo de la instauración del régimen republicano. El padre era un acérrimo monárquico y rechazaba de plano la Segunda República, mientras que el joven Joaquín, influido por Herrera Oria, abrazó entonces la tesis de la accidentalidad de la forma de Gobierno.

Una vez concluidos sus estudios de Derecho, Joaquín Ruiz-Giménez se matriculó en la facultad de Filosofía y Letras y tuvo maestros de la talla de Ortega y Gasset o Xavier Zubiri. Durante esta larga etapa universitaria comenzó a militar en asociaciones de estudiantes católicos y a asumir su compromiso con el apostolado seglar. Por aquel entonces también empezó a mostrar inquietudes políticas y se inscribió en Acción Popular¹⁹. Más adelante, en febrero de 1936, colaboró en la campaña de Gil-Robles e, incluso, le hizo llegar una nota demostrándole su apoyo tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de ese año. Aunque su significación política fuera más bien discreta, unos meses después del alzamiento fue detenido junto a sus hermanos y llevados primero a una checa y después a la cárcel Modelo. Su madre recurrió a todos los contactos relevantes que había hecho su marido durante su carrera política y logró, gracias a la intercesión del ministro de Gobernación Ángel Galarza que, les concedieran un salvoconducto que les permitió refugiarse en la embajada de Panamá. Joaquín Ruiz-Giménez permaneció allí hasta 1937, cuando logró llegar a la España nacional después de pasar por Valencia y Francia. Se alistó en el bando nacional como oficial de complemento en el Regimiento de Trasmisiones del Pardo²⁰ y sirvió bajo las órdenes del general Muñoz Grandes. Estuvo en el frente de Segovia, Teruel y el Maestrazgo, una experiencia que, sin duda, le marcó pero no generó en él ningún ánimo revanchista sino todo lo contrario. Su deseo de reconciliación y de cerrar las heridas del pasado fue una constante a lo largo de su trayectoria, consciente además de que tenía una deuda de gratitud hacia aquéllos del bando republicano que le ayudaron a escapar de la checa y de la cárcel.

Antes incluso de concluir la contienda Joaquín Ruiz-Giménez empezó a adquirir un cierto perfil público, al ser nombrado concejal del Ayuntamiento que constituyó el alcalde Alberto Alcocer una vez que se tomó Madrid. Si bien fue su labor en las asociaciones de estudiantes católicos, que retomó en 1939, lo que contribuyó a lanzar más adelante su carrera política, de la mano de Alberto Martín Artajo, también procedente de ese entorno. La elección de Joaquín Ruiz-Giménez al frente de *Pax Romana*, una de las asociaciones internacionales de estudiantes católicos más relevantes, le permitió establecer fluidos contactos con

jóvenes democristianos europeos y americanos y con el propio Vaticano. Algo que utilizó para realizar una intensa labor de propaganda a favor del Régimen franquista, que tras el final de la Segunda Guerra Mundial fue objeto de boicot por parte de las principales potencias del mundo, que habían salido victoriosas del conflicto. Así, por ejemplo, en 1945, Joaquín Ruiz-Giménez realizó una gira por Estados Unidos, Canadá y América Latina con el objetivo de mejorar la imagen de España entre los católicos del continente y hacer valer el papel de la España franquista frente al comunismo internacional²¹. Un año más tarde, en 1946, se celebró en El Escorial bajo su presidencia el XIX Congreso Mundial de *Pax Romana*, permitiendo al Régimen adquirir relevancia más allá de sus fronteras en un momento en el que aún estaba sometido a un férreo aislamiento internacional²².

Los éxitos cosechados por Joaquín Ruiz-Giménez al frente de *Pax Romana*, donde había dado buena muestra de sus habilidades diplomáticas, y la mediación de Martín Artajo, que actuó como valedor suyo ante Franco, le abrieron las puertas a la política. Primero como Director del Instituto de Cultura Hispánica y poco después, en 1948, como embajador ante la Santa Sede. Durante su estancia en el Vaticano se encargó de impulsar las negociaciones del Concordato que se firmó en 1953, aunque para entonces ya había abandonado la embajada pues en 1951 fue nombrado ministro de Educación.

Su etapa ministerial le valió la fama de reformista por la adopción de determinadas medidas, no exentas de polémica, como la política de reconciliación e integración. En el contexto de la misma Joaquín Ruiz-Giménez promovió homenajes a figuras muy destacadas de la intelectualidad española pero no bien vistas por el Régimen, como Menéndez Pidal, Unamuno u Ortega y Gasset, que había sido profesor suyo. Aunque sin duda más ampollas suscitó su decisión de que se revisaran los expedientes de depuración con el fin de favorecer la vuelta de catedráticos exiliados²³.

Por si esto no fuera suficiente, la tolerancia que desde el ministerio de Ruiz-Giménez se mostró hacia las asociaciones estudiantiles que por entonces empezaban a surgir en la universidad al margen del SEU, el sindicato oficial de estudiantes vinculado a la Falange, hicieron que el ministro se ganara muchas enemistades entre los camisas azules. El desgaste que había sufrido por todo ello probablemente influyó en la decisión del catedrático de presentar su dimisión tras los desgraciados sucesos de febrero de 1956, a los que antes he hecho referencia.

¹⁹ MUÑOZ SORO, J., «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (Apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 259-288.

²⁰ RODRÍGUEZ DE LECEA, T., «Introducción», en RUIZ-GIMÉNEZ CORTÉS, J., *Diarios de una vida, 1967-1978...*

²¹ HERMET, G., *Los católicos en la España franquista II. Crónica de una dictadura*, Madrid, 1986, p. 208.

²² PANDO BALLESTEROS, M. P., *Ruiz-Giménez y Cuadernos para el Diálogo*, Salamanca, 2009, p. 17.

²³ SUÁREZ GONZÁLEZ F., «La tentativa liberal de Ruiz-Giménez», en VV. AA. *La fuerza del Diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez*, Madrid, 1997, pp. 53-59.

Tras su salida del ministerio, Joaquín Ruiz-Giménez volvió a su cátedra de Filosofía del Derecho, que había trasladado de Sevilla a Salamanca. Comenzó entonces un proceso de evolución ideológica que le acabó situando en la oposición al franquismo. Su gestión aperturista le había concedido un cierto prestigio, pero la creación de *Cuadernos para el Diálogo* en 1963 vino a confirmar la distancia cada vez mayor que le alejaba del Régimen del que había sido ministro. El objetivo de esta publicación, de acuerdo a la solicitud que se presentó para su autorización ante el Ministerio de Información y Turismo, era «establecer un cauce para la fructífera comprensión recíproca y un contraste de opiniones entre los diversos sectores de la sociedad española y de los países hispanoamericanos, abordando los problemas humanos más vivos del actual momento histórico, a la luz de la concepción cristiana de la existencia»²⁴.

El factor religioso en la etapa inicial de la revista era esencial, pues la misma fue en gran parte consecuencia de los profundos cambios que estaba experimentando la Iglesia católica, que en esos momentos celebraba el Concilio Vaticano II. Joaquín Ruiz-Giménez creó *Cuadernos* porque sentía la necesidad de contar con un medio de comunicación que contribuyera a que el espíritu del Concilio Vaticano II, que él estaba viviendo en primera persona, fuera importado a nuestro país, tanto en el plano religioso como civil²⁵. A este respecto, cabe señalar que el ex ministro fue designado por Juan XXIII para que se integrara en el grupo de expertos seculares del Concilio, concretamente en la Comisión que alumbró el controvertido Esquema XIII. Joaquín Ruiz-Giménez confesó en una entrevista a la revista MAS, de las Hermandades del Trabajo, reproducida en *Cuadernos* con motivo del X aniversario de la publicación de la encíclica *Pacem in Terris* el 11 de abril de 1963, que ésta le había provocado un «impacto muy profundo, realmente decisivo para mi pensamiento y mi conducta, especialmente en el plano social y político»²⁶. La tesis fundamental de esta encíclica conllevaba una descalificación del Régimen franquista así como de cualquier otro sistema político que no estuviera basado en el reconocimiento de la dignidad de la persona y de sus derechos fundamentales. La censura de la Iglesia católica hacia la democracia orgánica franquista fue mucho más explícita en el conocido como Esquema XIII del Concilio Vaticano II, que desarrolló la *Pacem in*

Terris y que dio lugar a la declaración *Dignitatis humanae* y la constitución pastoral *Gaudium et Spes*²⁷.

Con el paso del tiempo, no obstante, el elemento religioso fue perdiendo peso en *Cuadernos*. Prácticamente todos los colaboradores de la revista coinciden en señalar que en la vida de la misma hubo una primera fase de ascendente democristiano y una segunda de clara tendencia socialista, sin que el dominio de tales tesis llegara nunca a ser absoluto y desplazara por completo otras visiones. Elías Díaz reconocía que la revista partía de posiciones claramente situadas en la democracia cristiana, aunque nunca pretendió convertirse en «un órgano de expresión concreta demócratacristiana», y que durante la evolución posterior «fue adquiriendo cada vez más un tono, yo diría, abiertamente laico y genéricamente socialista»²⁸. Díaz-Ambrona lo describió de la siguiente manera, «[s]i en un primer momento predominó la tonalidad <democristiana> pronto ésta se diluyó en un espectro más amplio hasta llegar a una dominante de carácter socialista»²⁹. Por su parte, Julián Guimón afirmó que la revista «derivó mucho a la izquierda; hoy se ve más patente que nunca, cuando lo comparamos con las posiciones de lo que hoy se denomina izquierda»³⁰. Este giro ideológico de la publicación, que se produjo de manera paulatina a lo largo de los años, fue un reflejo de la propia evolución ideológica experimentada por los miembros más destacados de la redacción de *Cuadernos*, empezando por el propio Joaquín Ruiz-Giménez.

Dicha evolución ideológica quedó patente en el célebre artículo que publicó en el verano de 1967 bajo el título «Fin de vacación: meditación sobre España»³¹, bautizado por Manuel Jiménez de Parga como el «*manifiesto de Palamós*». En aquellos momentos el catedrático ya había roto todos sus vínculos con el Régimen y quizás por ello se sentía libre para firmar un texto que suponía, en gran medida, una enmienda a la totalidad al franquismo. Como el propio firmante reconoció en esos momentos, «me ha salido más bien un manifiesto sociopolítico»³². Efectivamente, el resultado estaba más próximo a un programa político, en el que fundamentalmente proponía pasar de un Estado autocrático a un Estado democrático y de libertad; de un Estado centralizado a un Estado federal y de un Estado capitalista a un Estado socialmente muy progresivo³³.

²⁴ RUPÉREZ, J., «*Cuadernos para el Diálogo* en la distancia del medio siglo», *Cuadernos de pensamiento político*, 38 (abril/junio 2013), pp. 167-179.

²⁵ ALTARES, P., «La historia de *Cuadernos para el Diálogo*», en VV. AA., *La fuerza del Diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez...*, pp. 135-142.

²⁶ Entrevista de Joaquín Ruiz-Giménez a la revista MAS, *Cuadernos para el Diálogo*, 117 (junio 1973), p. 32.

²⁷ Para conocer más sobre esta cuestión se recomienda consultar RAGUER, H., *Réquiem por la cristiandad, el Concilio Vaticano II y su impacto en España*, Madrid, 2006.

²⁸ DÍAZ, E., «La España de hace un cuarto de siglo: la realidad y el pensamiento», en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 46-47.

²⁹ ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, J., «Cimientos del futuro democrático», en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 82-83.

³⁰ GUIMÓN, J., «La apuesta democrática», en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 66-67.

³¹ RUIZ-GIMÉNEZ, J., «Fin de vacación: meditación sobre España», en *Cuadernos para el Diálogo*, 47 (agosto 1967), pp. 3-11.

³² RUIZ-GIMÉNEZ, J., *Diarios de una vida, 1967-1978*, Madrid, 2013, p. 89.

³³ SANTOS F., Entrevista a Joaquín Ruiz-Giménez, en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 6-18.

El editorial se publicó apenas seis meses antes del fallecimiento de Manuel Giménez Fernández, tras el cual, como se ha apuntado, se propuso a Joaquín Ruiz-Giménez que asumiera la presidencia del partido que él había fundado, IDC. Por eso me parece oportuno concluir el relato biográfico de Joaquín Ruiz-Giménez en este punto, para proceder en el siguiente apartado, conforme a lo que se ha expuesto en los dos anteriores, a explicar las razones últimas de las profundas diferencias que les separaban.

4. RAZONES PARA EL DESENCUENTRO

Las biografías de Manuel Giménez y de Joaquín Ruiz-Giménez tienen muchos puntos en común. Para empezar ambos fueron los primogénitos de dos familias acomodadas, una afincada en Sevilla y la otra en Madrid. Sus padres eligieron para ellos colegios católicos y el catolicismo fue para los dos el pilar fundamental sobre el que erigieron su carrera política aunque, como se verá más adelante, cada uno de ellos eligió en cierto momento declinarlo de manera distinta. Pero antes de llegar a tan decisivo momento, participaron en las mismas organizaciones del movimiento social y político católico. De este modo, ambos fueron miembros de la ACdP y también coincidieron en Acción Popular, donde el joven Joaquín Ruiz-Giménez siguió con especial interés el reformismo social cristiano que defendía Manuel Giménez Fernández³⁴.

El activismo católico no era lo único que compartían, sino también su carrera académica que fue, además, lo que les llevó a trabar amistad. Cuando Joaquín Ruiz-Giménez se doctoró en 1943, se presentó y ganó las oposiciones de catedrático de Filosofía del Derecho y Derecho Natural en la Universidad de Sevilla. Al trasladarse a la ciudad hispalense tuvo la oportunidad de compartir tiempo y conversaciones con Manuel Giménez quien, como he apuntado anteriormente, se había convertido en un referente político para él durante la República por su compromiso con el catolicismo social. Descubrieron entonces que tales coincidencias en sus planteamientos políticos tenían una raíz común, que era el neotomismo. También que sus primeros pasos en política los habían dado ambos en el gobierno municipal, el cual, para Manuel Giménez, era una escuela muy fecunda para cualquier político. Teniendo en cuenta todos estos aspectos y los casi 20 años de edad que les separaban, se entiende que entre los dos floreciera entonces una relación de maestro y discípulo³⁵.

La pregunta que se nos plantea a tenor de lo que se acaba de exponer es cómo fue posible que una relación estrecha y fundada en tantas coincidencias y planteamientos comunes pudiera derivar en un desencuentro tan profundo que el paso del tiempo no logró resolver. La respuesta a esta pregunta exige, en primer lugar, hacer referencia a ese momento tan crucial que antes se mencionaba y que acaeció tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. El año 1945 fue la fecha de escisión del movimiento católico español pues, a partir de ese momento, el mismo se dividió entre «colaboracionistas», que optaron por integrarse en las estructuras de poder del Régimen, y «opositores».

Los primeros estaban encabezados por Alberto Martín Artajo, miembro destacado de los movimientos seculares y que en 1945 aceptó la propuesta del general Franco de convertirse en ministro de Asuntos Exteriores. La estrategia del Caudillo con este nombramiento, que se produjo tres días después de la Conferencia de Potsdam, era evidente. Los fascismos habían sido vencidos definitivamente en Europa y se perfilaba un panorama exterior extraordinariamente complicado para la España franquista. La amplia red de contactos internacional con la que contaban los católicos españoles, gracias a su participación en organizaciones católicas de dimensión mundial como *Pax Romana*, y su influencia en el Vaticano suponían para el Régimen un importante balón de oxígeno en un momento muy delicado, en el que la presión exterior podía poner en riesgo la continuidad del Régimen. Herrera Oria y Martín Artajo eran muy conscientes de ello y esperaban lograr, a cambio del apoyo prestado, la puesta en práctica del programa político con el que el colaboracionismo llegó al poder: representatividad de las instituciones, aplicación práctica de los derechos reconocidos en el Fuero de los Españoles, la desaparición del partido único y la modificación de la legislación de prensa³⁶.

El otro sector católico, como he señalado, optó por situarse en la oposición al Régimen. Creían que había que aprovechar la coyuntura desfavorable y la presión internacional a la que estaba sometida el franquismo para terminar con el mismo, y no prestarle ayuda precisamente cuando era más vulnerable. Gil-Robles, que entonces era consejero principal de Don Juan, se encontraba entre los que se opusieron radicalmente a colaborar con el franquismo. En primer lugar, porque no confiaban en la voluntad del mismo de evolucionar en una dirección liberal como

³⁴ MUÑOZ SORO, J., «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (Apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 259-288.

³⁵ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, pp. 22 y 254-255.

³⁶ TUSELL, J., *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984, pp. 17-93.

pretendía Martín Artajo y Herrera Oria. En segundo lugar, porque estaban convencidos de que una vez logrado el apoyo del sector católico, el Régimen no tendría ningún incentivo para cambiar³⁷.

Manuel Giménez se posicionó entre los no colaboracionistas y dejó clara su postura en una carta dirigida a Joaquín Ruiz-Giménez en 1946, en la que hacía un firme alegato a favor de la democracia. Es más, consciente de que su interlocutor formaba parte del sector colaboracionista, le llamaba la atención «sobre la gravísima responsabilidad de cuantos imposibilitan o dificultan, por miedo a perder sus situaciones personales, la salida del terrible problema político en que nuestra Patria se debate»³⁸. Esta misiva marcó el comienzo del fin de la relación entre ambos catedráticos, que se rompió definitivamente a raíz del nombramiento de Ruiz-Giménez como embajador ante la Santa Sede³⁹. La distancia física, la ausencia de contacto y el trascurso del tiempo no contribuyeron a pacificar la situación sino más bien lo contrario. Buena prueba de ello fue la airada reacción de Giménez Fernández al discurso pronunciado por Joaquín Ruiz-Giménez en 1952, cuando ya era ministro de Educación, en la Universidad de Sevilla, y en el que creía que había hecho referencias veladas a él⁴⁰.

A pesar del ferviente catolicismo de ambos protagonistas, en su caso no se cumplió la parábola del hijo pródigo. Esto es, el hecho de que Joaquín Ruiz-Giménez acabara decepcionado por el inmovilismo del Régimen y consciente del fracaso de las tesis colaboracionistas, no hizo que Manuel Giménez le recibiera con los brazos abiertos en el bando de la oposición. Las relaciones entre ambos se habían enturbiado demasiado y en Manuel Giménez había quedado un poso de desconfianza e, incluso, un cierto sentimiento de traición.

Para comprender al catedrático sevillano hay que tener en cuenta que el no colaboracionismo era en su caso una cuestión de principios y no meramente estratégica. Porque Manuel Giménez era un convencido demócrata y, es más, un auténtico republicano. Su republicanismo no era consecuencia de las tesis accidentalistas de Herrera Oria, sino fruto de la convicción de que en la República predomina el elemento democrático. Su apoyo al Alzamiento fue, como se ha señalado, una cuestión coyuntural y en parte influida por su propia situación personal. Él sufrió en primera persona el clima de inseguridad y violencia de la etapa del Frente Popular, durante la cual tuvo escolta policial porque había recibido múltiples amenazas por parte de periódicos de izquierda. Después, como se ha visto, también los fascistas

del bando nacional amenazaron su vida, hasta que logró la intervención del general Queipo de Llano. Algo hasta cierto punto comprensible pues en el pasado ya había dejado clara sus pocas simpatías por los movimientos fascistas. Es más, defendió el escaño de José Antonio Primo de Rivera en el Congreso de los Diputados no por afinidad política con el líder de Falange, al que consideraba un amigo personal pero un enemigo político, sino porque de este modo defendía la democracia parlamentaria en la que José Antonio no creía pero él sí⁴¹.

En este sentido, y a diferencia de Joaquín Ruiz-Giménez, Manuel Giménez Fernández fue a lo largo de toda su vida un ejemplo de coherencia ideológica. En su caso no se produjeron cambios de rumbo o movimientos pendulares, sino que a lo largo de los años se mantuvo fiel a unos principios democráticos y de justicia social inspirados en la doctrina católica, en los que fue profundizando con el tiempo. Esta trayectoria tan sólida y consistente se trató más bien de una excepción entre las grandes figuras de la democracia cristiana española. Pues, de hecho, algunos de los núcleos a partir de los cuales se fundó el PSP hundían sus raíces en el carlismo, donde también anidó el concepto de catolicismo social. Por lo que no es de extrañar que entre los fundadores del PSP hubiera hombres procedentes del tradicionalismo, como el propio José María Gil-Robles, hijo del catedrático tradicionalista Enrique Gil-Robles, o Salvador Mingujón, Ricardo Oreja y Manuel Simó⁴².

Sin duda alguna el nombre de Manuel Giménez Fernández no se puede incluir entre los mismos, por mucho que él declarara en una entrevista que entre los 15 y 18 años fue carlista. Se trató, como él mismo reconoció, de una actitud de protesta muy propia de tan temprana edad pero que no le dejó la más mínima secuela, a la luz del entusiasmo con el que defendió más adelante los principios democráticos y reformistas que le definieron⁴³. Si le hubiera quedado algún rescoldo vivo de su fase tradicionalista, sin duda hubiera aflorado durante su etapa en la CEDA y le hubiera ayudado a integrarse mejor en este partido. Pero, como se ha señalado, los democristianos puros como el catedrático sevillano eran más bien una excepción. Constituían la minoría dentro de la minoría que era la CEDA, en gran parte dominada por lo que él denominaba «conservadores» y que, como se ha visto, acabaron volviéndose contra él y forzando su destitución.

La situación que sufrió Manuel Giménez en la CEDA le marcó de por vida, hasta el punto que, aun reconociendo que Gil-Robles era el líder natural de la democracia cristiana

³⁷ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 257.

³⁸ Carta de Manuel Giménez Fernández a Joaquín Ruiz-Giménez de 19-II-1946, citada en TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 257.

³⁹ MUÑOZ SORO, J., «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (Apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 259-288.

⁴⁰ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 258.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² ORELLA, J. L., «Las raíces carlistas de la Democracia cristiana», *Revista Aportes*, 40 (mayo 1999), pp. 103-116.

⁴³ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 17.

española, no quiso que IDC se integrara con DSC en un único partido hasta que ambas formaciones no fueran igual de fuertes e influyentes. Por ello me atrevo a aventurar que Manuel Giménez pudo sentir como una traición el hecho de que Joaquín Ruiz-Giménez se sumara a las filas de los colaboracionistas. Quizás no tanto una traición personal hacia él, sino hacia los principios que supuestamente ambos compartían. De nuevo se veía en la tesitura de encontrarse solo y abandonado por quienes decían defender su mismo ideario, pero que en el momento de la verdad elegían renunciar al mismo por interés o, como le decía en la carta a Ruiz-Giménez de 1946, por temor a «perder sus situaciones personales».

Por esta misma razón probablemente asumió con cautela y desconfianza el tránsito de Joaquín Ruiz-Giménez hacia la oposición. De este modo, en la correspondencia del catedrático sevillano de 1965 éste daba a entender que el exministro aún podía ser captado por los colaboracionistas al Régimen⁴⁴. Nueve años después de que Ruiz-Giménez hubiera abandonado el cargo de ministro y habiendo creado ya *Cuadernos para el Diálogo*, Manuel Giménez seguía dudando acerca de si el catedrático madrileño realmente había puesto punto y final a su etapa colaboracionista. En descargo del político sevillano, cabe apuntar, primero, que la salida de Joaquín Ruiz-Giménez del Gobierno no se produjo de manera voluntaria y como consecuencia del fracaso de las tesis de los colaboracionistas de lograr una cierta apertura del Régimen. Como se ha visto anteriormente, el entonces ministro asumió su responsabilidad en los graves incidentes de 1956 y, en consecuencia, presentó su dimisión. Segundo, su salida del Gobierno no implicó una ruptura con el Régimen ni mucho menos, puesto que se integró en el Consejo Nacional del Movimiento, y más adelante el propio Franco le designó procurador en Cortes. Aunque sí es cierto que declinó volver a ocupar puestos más representativos. En concreto, rechazó volver a la dirección del Instituto de Cultura Hispánica y más adelante, cuando se abrió el Concilio Vaticano II en 1962, la embajada de Roma que le ofreció Castiella⁴⁵. Fue el antes citado *manifiesto de Palamós* de 1967 el que propició la ruptura definitiva con el Régimen, pues provocó que fuera excluido del listado de Consejeros

Nacionales y Procuradores en Cortes de nombramiento directo del general Franco⁴⁶.

El propio planteamiento original de Ruiz-Giménez a la hora de crear *Cuadernos para el Diálogo* también pone de manifiesto que en 1963 aún creía, pese a su experiencia en el Gobierno, que el Régimen tenía capacidad de evolucionar hacia posiciones menos autoritarias. En este sentido, en un principio el diálogo que pretendía establecer el exministro era entre personas del Régimen con inclinaciones aperturistas y miembros de la oposición. Por eso en las reuniones preparatorias de la revista participaron figuras del franquismo como Fernando Suárez o Pilar Primo de Rivera. No es por tanto de extrañar que esta propuesta no fuera bien acogida por Manuel Giménez Fernández⁴⁷. Este puente de diálogo con esas personalidades más abiertas del franquismo no prosperó pues las mismas finalmente no participaron y, por tanto, faltó el punto de apoyo en esa ribera⁴⁸. A pesar de que los franquistas se retiraron del proyecto, el catedrático sevillano no quiso colaborar con la revista, por mucho que jóvenes de su partido, como Oscar Alzaga, sí lo hicieran. Tan sólo permitió que se adaptara una conferencia suya para la publicación⁴⁹ y participó en una de sus encuestas⁵⁰. El equipo de *Cuadernos*, por su parte, le dedicó un editorial con motivo de su fallecimiento, en el que se glosaba la recta trayectoria política del catedrático sevillano y su gran aportación a la democracia cristiana española⁵¹.

La negativa del catedrático sevillano a participar en la revista probablemente también se debió a que tenía reparos en relación a la calidad de muchos de sus artículos. Reconocía que había algunos muy buenos, pero también otros bastante mediocres y algunos que consideraba indignantes por su ínfima calidad⁵². La suya, se trataba, sin duda alguna, de una opinión cualificada, avalada por años dedicados al estudio y a la elaboración de un sólido ideario democristiano. No es de extrañar, en consecuencia, que fuera tan exigente pues había consagrado su retiro sevillano y de la vida pública a la fundamentación teórica de las doctrinas democristianas que habían inspirado su acción política. Manuel Giménez fue uno de los máximos expertos

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 298-299.

⁴⁵ RODRÍGUEZ DE LECEA, T., «Introducción», en RUIZ-GIMÉNEZ CORTÉS, J., *Diarios de una vida, 1967-1978...*

⁴⁶ En su diario Joaquín Ruiz-Giménez apuntó que el día 19 de septiembre de 1967, apenas unos días después de que se publicara el *manifiesto de Palamós*, recibió la llamada de Antonio Lago en la que le confirmó que ya no estaba en ninguno de los dos listados. RUIZ-GIMÉNEZ CORTÉS, J., *Diarios de una vida, 1967-1978...*, p. 90

⁴⁷ PECES-BARBA, G., «Una profecía histórica», en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 86-87.

⁴⁸ ALZAGA, O., «Evolución política e ideológica» en *Cuadernos para el Diálogo* 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 30-31.

⁴⁹ GIMÉNEZ FERNÁNDEZ M., «Relaciones Iglesia-Estado», *Cuadernos para el Diálogo*, 25 (octubre 1965), p. 44.

⁵⁰ «Encuesta sobre el referéndum» Contestan: Julián Ariza, Fernando Baeza, José María Gil-Robles, Manuel Giménez Fernández, Luis Gómez Llorente, Enrique Gutiérrez Ríos, Manuel Jiménez de Parga, Javier Martín Artajo, Víctor Martínez Conde, Dionisio Ridruejo, Luis Sánchez Agesta y Maurici Serrahima, *Cuadernos para el Diálogo*, 39 (diciembre 1966), pp. 17-21.

⁵¹ Editorial «Manuel Giménez Fernández», *Cuadernos para el Diálogo*, 54 (marzo 1968), pp. 3 y 4.

⁵² TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 293

en el filósofo francés Jacques Maritain, inspirador de los partidos democristianos europeos que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial, maestro de la filosofía social que defendía el exministro de la CEDA y referente esencial del catolicismo democrático⁵³.

Joaquín Ruiz-Giménez, y hasta José María Gil-Robles, carecían de la consistencia ideológica de Manuel Giménez, reforzada además por su dedicación académica y profundo conocimiento de las fuentes teóricas que alimentaba las corrientes democristianas europeas que servían de ejemplo en España. Razón por la cual, como he mencionado con anterioridad, el político sevillano mantuvo sus coordenadas ideológicas constantes a lo largo de su vida. No fue así para Ruiz-Giménez, que pasó del catolicismo colaboracionista a asumir posiciones democristianas, y acabó por situarse ideológicamente en la socialdemocracia. Sus artículos en *Cuadernos* y los editoriales de la revista fueron progresivamente apuntando en esta dirección, pero se hicieron explícitos en el *manifiesto de Palamós*. En el mismo había propuestas de clara inspiración socialista/marxista como el acceso de los campesinos a la propiedad de la tierra pero no en régimen individual, sino cooperativo o comunitario o la nacionalización de minas, bancos, sectores estratégicos como el energético, etc⁵⁴.

La lectura de estas medidas debió causar una gran impresión en Manuel Giménez, y no precisamente positiva. Por todos era conocida su honda preocupación social pero rechazaba frontalmente el colectivismo marxista⁵⁵. Sus compañeros de bancada más críticos con él le habían bautizado como el «bolchevique blanco» pero siempre tuvo muy claras las barreras entre una democracia cristiana de izquierdas en la que las políticas sociales tuvieran un gran protagonismo, y las tesis marxistas. Quizás este último giro ideológico de su antaño amigo no le pilló por completo desprevenido sino que vino a confirmar una teoría que ya había compartido con algunos allegados y según la cual los colaboracionistas nunca estuvieron realmente comprometidos con los principios de la democracia cristiana. De ahí que se refiriera a ellos como «pseudo-demócrata cristianos»⁵⁶.

5. CONCLUSIONES

El polémico artículo de Joaquín Ruiz-Giménez al que me acabo de referir, el *manifiesto de Palamós*, fue publicado en agosto de 1967. Poco tiempo después Manuel Giménez Fernández sufrió un accidente vascular que provocó su fallecimiento en febrero de 1968, sin que conste que hubiera una reconciliación entre ambos. Con este artículo he

intentado explicar el porqué del distanciamiento entre dos figuras tan relevantes de la democracia cristiana española, pero no juzgar ni a los protagonistas ni sus motivos.

Resulta evidente que la entrada en el Gobierno de los católicos colaboracionistas generó un cisma profundo en la familia democristiana española, y que la misma se resintió durante décadas del mismo. Además, tal y como se ha expuesto, hubo otros motivos posteriores que en el caso concreto de los dos Giménez, les impidieron reconstruir su relación, si ni siquiera en aras de un objetivo común como era enfrentarse al franquismo. Por su parte, tampoco llegó a producirse una fusión entre IDC y DSC, pese a lo armoniosa que era la relación entre Gil-Robles y Manuel Giménez. De nuevo el peso del pasado sofocó las posibilidades presentes y futuras del catolicismo político. Pues la consecuencia de todo ello fue que la democracia cristiana española no consiguió articular una organización unificada durante los años de oposición al franquismo. Esto supuso que la opción democristiana partió con cierta desventaja en el escenario político que se abrió con la llegada de la democracia frente a quienes hacía años se habían organizado como auténticos partidos, aunque fuera en la clandestinidad. No fue la única causa del sonoro fracaso de la democracia cristiana en las primeras elecciones democráticas en 1977,⁵⁷ pero sí que contribuyó a ello. Por ese motivo me ha parecido oportuno profundizar un poco más en las causas que frustraron esa opción.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTARES, P., «La historia de *Cuadernos para el Diálogo*», en VV. AA., *La fuerza del Diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez*, pp. 135-142.
- ÁLVAREZ, L., «El profesor Manuel Giménez Fernández (1896-1968). Desde el exilio interior», *Andalucía en la historia*, 49 (2015).
- ALZAGA, O., *La primera democracia cristiana en España*, Madrid, 1973.
- _____, «Evolución política e ideológica», en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 30-31.
- BARBA, D., *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977*, Madrid, 2001.
- CALVO, J., «Contribución doctrinal y política de Manuel Giménez Fernández en el moderno derecho electoral español», *Revista de estudios políticos*, 51 (1986), pp. 213-262.
- CAPILLA, A., «La Federación de la Democracia Cristiana (FDC) y las elecciones de 15 de junio de 1977: razones para el fracaso», *Aportes: Revista de Historia Contemporánea*, 88 (2015), pp. 203-226.

⁵³ *Ibid.*, pp. 238-252.

⁵⁴ RUIZ-GIMÉNEZ, J., «Fin de vacación: meditación sobre España», en *Cuadernos para el Diálogo*, 47 (agosto 1967), pp. 3-11.

⁵⁵ TUSELL, J. y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española...*, p. 268.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 284.

⁵⁷ CAPILLA, A., «La Federación de la Democracia Cristiana (FDC) y las elecciones de 15 de junio de 1977: razones para el fracaso», *Aportes: Revista de Historia Contemporánea*, 88 (2015), pp. 203-226.

- COBELAS ÁLVAREZ, J., *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, 2004.
- DÍAZ, E., «La España de hace un cuarto de siglo: la realidad y el pensamiento», en *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 46-47.
- GIMÉNEZ FERNÁNDEZ M., «Relaciones Iglesia-Estado», *Cuadernos para el Diálogo*, 25 (octubre 1965), p. 44.
- GUIMÓN, J., «La apuesta democrática», *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 66-67.
- GUTIÉRREZ GARCÍA, J. L., *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas*, Madrid, 2010.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., RUIZ CARNICER, M. A., BALDÓ LACOMBA, M., *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, 2007.
- HERMET, G., *Los católicos en la España franquista II. Crónica de una dictadura*, Madrid, 1986.
- MONTERO, M. y ORDOVÁS, J.M., *Historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas*, Barañain, 1992.
- MUÑOZ SORO, J., «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (Apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 259-288.
- ORELLA, J. L., «Las raíces carlistas de la Democracia cristiana», *Revista Aportes*, 40 (mayo 1999), pp. 103-116.
- ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, J., «Cimientos del futuro democrático», *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 82-83.
- PANDO BALLESTEROS, M. P., *Ruiz-Giménez y Cuadernos para el Diálogo*, Salamanca, 2009.
- PECES-BARBA, G., «Una profecía histórica», *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 86-87.
- RAGUER, H., *Réquiem por la cristiandad, el Concilio Vaticano II y su impacto en España*, Madrid, 2006.
- RODRÍGUEZ DE LECEA, T., «Introducción», en RUIZ-GIMÉNEZ CORTÉS, J., *Diarios de una vida, 1967-1978*, Madrid, 2013, pp. 19-39.
- RUIZ-GIMÉNEZ, J., «Fin de vacación: meditación sobre España», *Cuadernos para el Diálogo*, 47 (agosto 1967), pp. 3-11.
- _____, *Diarios de una vida, 1967-1978*, Madrid, 2013.
- RUPÉREZ, J., «Cuadernos para el Diálogo en la distancia del medio siglo», *Cuadernos de pensamiento político*, 38 (abril/junio 2013), pp. 167-179.
- SANTOS F., Entrevista a Joaquín Ruiz-Giménez, *Cuadernos para el Diálogo*, 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario (diciembre 1988), pp. 6-18.
- SUÁREZ GONZÁLEZ F., «La tentativa liberal de Ruiz-Giménez», en VV. AA., *La fuerza del Diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez*, Madrid, 1997, pp. 53-59.
- TUSELL, J., *La oposición democrática al franquismo 1939-1962*, Barcelona, 1977.
- _____, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984.
- _____, y CALVO, J., *Giménez Fernández. Precursor de la democracia española*, Sevilla, 1990.
- «Encuesta sobre el referéndum» Contestan: Julián Ariza, Fernando Baeza, José María Gil-Robles, Manuel Giménez Fernández, Luis Gómez Llorente, Enrique Gutiérrez Ríos, Manuel Jiménez de Parga, Javier Martín Artajo, Víctor Martínez Conde, Dionisio Ridruejo, Luis Sánchez Agesta y Maurici Serrahima, *Cuadernos para el Diálogo*, 39 (diciembre 1966), pp. 17-21.
- Editorial «Manuel Giménez Fernández», *Cuadernos para el Diálogo*, 54 (marzo 1968), pp. 3 y 4.
- Entrevista de Joaquín Ruiz-Giménez a la revista MAS, *Cuadernos para el Diálogo*, 117 (junio 1973), p. 32.